

Horacio Tarcus,

Silvio Frondizi y Milcíades Peña. El marxismo olvidado en la Argentina,

Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 448 páginas

El marxismo en los márgenes

A contramano de modas y lugares hoy comunes, este libro nos permite aproximarnos de una nueva manera a un repertorio de pensamientos políticos, formulaciones ideológicas y culturales –y, ¿por qué no?, historias de vida– que hasta hace escaso margen de tiempo resultaban no sólo inaceptables por los estudios académicos sino incluso innombrables.

Toda la investigación versa sobre dos autores hasta hoy olvidados. La tesis principal que la articula sostiene que ambos constituyen una tradición de pensamiento autónoma. Ya desde allí este trabajo puede ser leído como el intento de constituir una tradición de marxistas críticos en la Argentina, una suerte de mariateguismo local. Pero dicha “tradición”, aclara el autor, no constituye una herencia preconsolidada a la espera de un “rescate” sino una invención cuya funcionalidad reposa en la búsqueda de una diferenciación y una delimitación de la geografía ideológico-cultural propia frente a las diversas familias de la izquierda tradicional (dentro de la cual Tarcus agrupa a seis corrientes: anarquista, socialista, comunista, izquierda nacional, nacionalista de izquierda y trotskista).

El ensayo, provocador e incisivo, está repleto de

polémicas de estas variadas coloraciones de la izquierda tradicional sobre cuyo horizonte de fondo se sobreimprimen los aportes particulares de Peña y Frondizi. Desde ese punto de vista, la obra de Tarcus no debería ser recorrida únicamente como una (doble) biografía sino como un fragmento ampliado de la historia del marxismo argentino, aunque centrado en los avatares políticos e ideológicos de dos figuras marginales y heréticas en relación con el conjunto. También puede ser leída como “un ajuste de cuentas con el trotskismo argentino”, según sus propias palabras. Hecho que explicaría el airado rechazo que las diversas publicaciones trotskistas hicieron del libro.

¿Dónde ubicar a Peña y Frondizi dentro del campo intelectual de la izquierda argentina? Ambos estarían en un camino intermedio entre la izquierda tradicional y la nueva izquierda, desencontrados tanto con una como con otra: eran, según el autor, “los aguafiestas de la política” (es probable que aquí Tarcus retome, sin aclararlo, el término de “aguafiesta” de Aricó, utilizado por este último para referirse a Walter Benjamin).

Si en el período de auge y florecimiento de la tradición marxista los intelectuales enrolados en estos segmentos de la cultura política argentina asumían o una posición

–sartreana– de “intelectuales comprometidos” o, por el contrario, se inscribían –gramscianamente– en el rubro “intelectuales orgánicos”, Tarcus afirma, diferenciando a Peña y a Frondizi de ambas categorías, que ellos dos fueron “los intelectuales orgánicos de un partido inexistente”. Ello contribuyó a que fueran raleados no sólo por el poder sino también por la propia izquierda.

Desde un ángulo macro, el libro constituye casi una enciclopedia de la izquierda argentina. En ella la historia oral –siempre sospechosa de ser poco “confiable” y escasamente “científica” en el plano metodológico– ocupa un espacio teórico importante. Sucede que en la elaboración del texto, el autor ha perseguido hasta al último militante que conoció a los dos protagonistas. Su historia no constituye de ninguna manera una historia de las clases subalternas. Es, a todas luces, una historia de intelectuales. No obstante, no ha querido limitarse ni reducirse sólo al análisis del material escrito y publicado por ellos. ¿Cómo podría hacerlo si la izquierda argentina vivió la mayor parte de su historia en la clandestinidad y/o la ilegalidad? Incluso los militares ingresaron –luego de su asesinato– al estudio de Silvio Frondizi incautando materiales varios. Difícil tarea entonces la

de un historiador que pretenda no sólo recrear lo que ha sido escrito sino también aquello que se ha perdido y que sólo queda en la memoria y en el relato oral de compañeros de militancia de los biografiados.

Renunciando entonces a la “neutralidad valorativa”, la investigación de Tarcus quiere ser una propuesta. La de un nuevo modo de apropiación teórico-crítica de esta constelación “olvidada”, intentando al mismo tiempo descentrar el divorcio que marcó a fuego la historia de las ideas emancipatorias en la Argentina (por lo menos desde el inicio de la llamada “transición a la democracia” hasta los primeros años noventa). Esa fractura separó tajantemente las producciones originadas en una historiografía que Tarcus denomina “oficial”, de carácter apologético y autorreferencial –la perteneciente a los partidos políticos de izquierda– de aquellas otras –las académicas– que si bien estaban conformadas según reglas de elaboración mucho más pulidas y sutiles, en reiteradas ocasiones no alcanzaban a esquivar la aridez y sequedad que habitualmente conlleva extirpar artificialmente los ruidos perturbadores de “la política” para construir una historia silenciosa de las ideas.

Un problema que no es nuevo ni tampoco exclusivo de las franjas marxistas o incluso “progresistas” de los historiadores de la cultura argentina. Para el caso europeo, basta releer los análisis de Perry Anderson sobre el “marxismo occidental” (*Consideraciones sobre el marxismo occidental* [1976] y

Tras las huellas del materialismo histórico [1983]) y la separación tajante que este historiador encuentra en su seno entre la producción teórica (historiográfica, filosófica, estética, etc.) y la actividad política de los investigadores. En el medio latinoamericano, fue Aricó quien cargó igualmente las tintas sobre este problema, al introducir en México una compilación de aportes colectivos sobre el problema de la hegemonía (Prólogo a *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* [1985]), cuestionando “las fronteras demasiado rígidas entre lo ‘académico’ y lo ‘político’”, ámbitos separados por “un distanciamiento e incomunicación que, en nuestra opinión, caracterizó gran parte de nuestra historia cultural, por lo menos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta los últimos años. La reflexión académica estuvo mutilada en su capacidad de prolongarse al mundo interior de la política, fue más ideología legitimadora que crítica social, al tiempo que la reflexión política tendió a excluir el reconocimiento de los nuevos fenómenos, teorizado y tematizado por los intelectuales”.

El libro de Tarcus se propone abordar de lleno esta incómoda problemática apuntada por Perry Anderson y por Pancho Aricó que como horizonte de sentido inconfesado premoldea muchas de nuestras actuales reflexiones e intervenciones intelectuales. Pero el autor no apela en su intento a un “tratado metodológico” sobre la historia intelectual ni tampoco a una sociología del conocimiento

historiográfico. Por el contrario, se ocupa de rastrear las raíces políticas de este divorcio –hoy asumido entre nosotros como “natural” y “obvio”– a lo largo de varias décadas del siglo xx. Un divorcio según el cual el desarrollo y la producción de los intelectuales marxistas argentinos, nos dice el autor, “nunca pudo escapar al control de las direcciones partidarias cuyo margen de tolerancia fue siempre escaso” motivando una relación repetidamente tensa entre ambos polos.

Para reexaminar la problemática Tarcus adopta como eje de su reflexión-reconstrucción a estas dos figuras que vivieron de manera trágica ese divorcio entre la política y la teoría, entre la militancia y el pensamiento crítico, entre la intelectualidad y los partidos políticos de izquierda: Silvio Frondizi y Milcíades Peña.

Allí, en esa particular manera de experimentar la cisura entre los imperativos políticos y las inquietudes intelectuales reside el suelo común de estas dos personalidades, tan distintas entre sí en muchos otros de sus perfiles (a pesar de que ambos mantuvieron una incipiente colaboración y amistad que comenzó a enturbiarse a partir de 1956 con el folleto de Peña titulado “Profesores y revolucionarios. Un trotskista ortodoxo responde al profesor Silvio Frondizi”). Porque si Peña fue el arquetipo del “militante” clásico, Frondizi fue en cambio el paradigma del “profesor”, con todo lo que ello implica en cuanto a ademanes asumidos, ubicaciones en el campo intelectual y modos de

autopercibirse dentro del mundo de las izquierdas argentinas.

¿Cómo incluirlos entonces bajo el mismo paraguas siendo tan disímiles? El recurso al que apela Tarcus remite a la dimensión “trágica” que cada uno de ellos habría personificado dentro del marxismo argentino a pesar de sus curvas de variación ideológica sumamente heteróclitas. Tarcus retoma esta recuperación de la tragedia, aparentemente ajena a las diversas ortodoxias del marxismo (incluidas las de factura local), básicamente de Lucien Goldmann y de Michael Löwy, quienes a su vez se apropiaron de ella a partir de una relectura de la primera juventud de Lukács (aquel incluso más joven que el ya joven y más célebre de *Historia y conciencia de clase*). En el caso de Goldmann la fuente de inspiración se encuentra en *Le dieu caché* ([1955], inexplicablemente traducido como *El hombre y lo absoluto*), y en el de Löwy —que prologa esta investigación de Tarcus— remite a un ensayo cuyo mismo título deja oír su eco en el del argentino: *El marxismo olvidado: R. Luxemburg y G. Lukács* [1978].

El *locus* teórico donde Tarcus visualiza en la obra de Peña esa veta ocluida —por sus compañeros de militancia dentro de las filas del trotskismo morenista— reside en la conclusión general a la que arribó en sus estudios sobre la formación social argentina. Un país que desde su misma génesis —sostiene Peña— no tuvo ni una burguesía pujante y modernizadora ni tampoco —agregará más tarde, en un

estadio posterior a la ruptura con la organización política liderada por Moreno— un proletariado que lograra superar la conciencia corporativa y nacionalista que tiñó su adhesión al peronismo.

Sin sujetos que la encarnen, en la obra de Peña se habría obturado la posibilidad tanto de una modernización burguesa (supuestamente opuesta —según los relatos de Gino Germani— al tradicionalismo de la élite oligárquica) como de una revolución socialista. No habría entonces en su obra posibilidad de reconciliación racional positiva para la historia argentina: su desgarró permanece abierto y negativamente reacio a la síntesis. En esa particular modulación del discurso historiográfico —y político— de Peña, Tarcus encuentra la inflexión trágica de su pensamiento.

En el caso del otro personaje en cuestión, la tragicidad se hallaría en el terreno de la ciencia política. El joven Silvio Frondizi habría desarrollado una cosmovisión que se inicia con un “pesimismo trágico” que aún forma parte de un paradigma liberal crítico, donde predominan en sus escritos la rebeldía ética y la revuelta romántica contra el capitalismo. El Frondizi maduro habría superado ese estadio alcanzando su pensamiento una dimensión “marxista-crítica” y “trágico-utópica”. La tesis central de Tarcus sobre Silvio Frondizi afirma que las antinomias que lo desgarraron en su período juvenil liberal (tensionadas entre política y cultura, entre tiempo histórico y tiempo

existencial, entre la política como arte de lo posible y la política como utopía revolucionaria, entre la concepción del partido como instrumento y la concepción del partido como anticipación desalienada de la sociedad futura, etc.) no desaparecen en la madurez sino que son resignificadas dentro de un ideal socialista.

De modo que ambos intelectuales se habrían debatido —sin solución, como en toda tragedia— entre un mundo que muere (por lo menos en la época en que ellos escribieron): el de la burguesía y las clases dominantes argentinas, y un mundo que aún no ha nacido: el encarnado por el proletariado y el proyecto socialista. Los dos constituyen, en este sentido, personajes que transitan en la orilla, que producen en el borde. Los dos mantienen relaciones complejas y tensionadas tanto frente a la Academia —absolutamente rechazada por Peña, mucho menos por Silvio Frondizi— como frente a las organizaciones partidarias —inicialmente más lejano Frondizi, mucho más orgánico Peña, aunque terminara rompiendo amarras con Nahuel Moreno y su grupo—.

Donde el relato reconstructor de Tarcus corre el riesgo de forzar en alguna medida la letra misma de Peña es en torno a algunas referencias donde se sugiere cierta comparación con la obra del historiador británico E. P. Thompson. Si bien es verdad que Milcíades Peña, a diferencia de toda la historiografía militante argentina (incluyendo aquí

desde las obras más conocidas de Rodolfo Puiggrós y Abelardo Ramos hasta la menos difundida de Leonardo Paso) en ningún momento termina legitimando a posteriori a una u otra fracción de las clases dominantes en nombre de una subrepticia “astucia de la razón” teñida por la jerga del marxismo –vía el determinismo mecanicista y la ideología del progreso lineal por etapas–, también es innegable que en su obra existe algo así como un énfasis metodológico nunca disimulado depositado en la importancia central del “desarrollo de las fuerzas productivas...”. Si los caudillos del interior y todas las rebeliones contra la modernización capitalista y el ingreso de la Argentina al mercado mundial durante el siglo XIX no tuvieron jamás perspectiva realista de triunfo ni porvenir histórico, esto se debe a que, siempre según Peña, esos sujetos y agentes sociales “no tenían un programa para desarrollar las fuerzas productivas”. Su derrota, por lo tanto, era “inevitable”.

De igual modo, Peña llega a sostener amargamente en *Antes de mayo* (un texto que aborda el período colonial de la historia argentina) que: “Ningún grupo social actúa acorde con las tareas que el desarrollo del capitalismo industrial le había asignado”. A pesar de que Tarcus se esfuerza por destacar en Peña una visión trágica de la historia argentina –desde una lectura de obvias inclinaciones antieconomicistas que prioriza todo aquello que separa al biografiado del marxismo “ortodoxo”–, un

lector atento podría preguntarse si acaso ese énfasis no disimulado de Peña depositado en “las tareas asignadas” por el desarrollo histórico... ¿no suponía en última instancia la existencia de un modelo arquetípico suprahistórico al cual todos los países y clases debían adaptarse? (el célebre *de te fabula narratur* del prólogo a *El capital*).

De este modo, aun superando los esquematismos y el etapismo de la historiografía estalinista tradicional (gracias al análisis del desarrollo desigual y combinado que Peña adopta de la *Historia de la revolución rusa* de Trotsky) el impulsor de la revista *Fichas* no logra romper muchas veces con la lógica centrada en el desarrollo de las fuerzas productivas. Ello le impide en no pocas ocasiones superar esa obstinada limitación que opaca su intento por ver la historia desde el ángulo de las clases subalternas (al decir de Antonio Gramsci) o desde “los vencidos” (en la terminología de Walter Benjamin). Recordemos que esa falencia precisa no fue una incomprensión o un obstáculo particular de Peña, pues también Adolfo Gilly (que compartirá con Peña un marxismo no estalinista), al intentar historiar la revolución mexicana, culmina su análisis con un balance igualmente amargo que presupone idéntica conclusión: la “falta de programa para desarrollar las fuerzas productivas” de los sectores oprimidos mexicanos.

Allí, en esa delgada pero sólida intersección donde la visión multilineal del desarrollo histórico sustentada en “la ley” del desarrollo desigual y combinado se cruza con una

visión deudora del progreso en función de cánones productivistas (que obtura cualquier intento de estudiar el desarrollo social y la modernización no de las clases dominantes sino desde las clases subalternas), la obra de Peña se aleja –creemos– de los análisis thompsonianos, aun cuando se acerque a estos últimos por su insistencia –vía la lectura y el seguimiento atento del último Lefebvre– en la dimensión humanista del marxismo.

No obstante ese detalle, Tarcus se empeña en demostrar –con notable rigor y una apoyatura abrumadora de erudición y bibliografía– que a los análisis de Peña no los ha despeinado el viento de la historia transcurrida como sí le sucedió a muchos otros ensayistas e historiadores militantes argentinos cuya obra hoy sólo puede leerse como documento de época o a lo sumo como índice para una historia del campo intelectual y político. Según señala Tarcus, muchos historiadores académicos han utilizado fragmentos, intuiciones y elaboraciones conceptuales de Peña pero... sin citarlo (pues una personalidad semejante no resultaría “citable” para quien se mueve en una órbita no de militantes sino atravesada por las presiones –sordas– de nuestro mundillo académico).

En cuanto a Silvio Frondizi, su vida puede ser abordada según Tarcus diferenciando dentro de ella al menos tres grandes etapas. Una primera, la del “liberal consciente de la crisis del liberalismo” (que llegaría hasta 1945), una segunda, la del “marxista crítico” que postula la

revolución socialista y la construcción del sujeto revolucionario (que se extendería entre 1945 y 1960) y, por último, aquella signada por “la soledad del marxista francotirador” (figura por la cual, dicho sea de paso, el autor siente una simpatía nunca disimulada, aun cuando en su polémica de los años ochenta con Juan José Sebreli desarrollada en *Praxis* y en *Nueva Presencia* Tarcus haya incluido por aquel entonces notas críticas sobre el socialismo “solitario” de Sebreli), centrado en la actividad docente y en la defensa de presos políticos y gremiales (que abarcaría desde 1961 hasta su asesinato en 1974).

Por comparación con sus otros dos célebres hermanos, el autor sostiene que si Arturo fue el político y Risieri el académico, Silvio constituyó en cambio el intelectual en el sentido pleno del término. Desde tal posición, Silvio habría logrado desplazar sus reflexiones sin salida del período liberal hacia el interior de una constelación marcada por un marxismo humanista y antidogmático donde aquellos desgarramientos encontrarían el sentido de sus eventuales –aunque no necesarias– resoluciones históricas (principalmente en su obra magna: *La realidad argentina*). A pesar de ello (y de toda la empatía con los biografiados que sin ninguna duda expresa este libro) Tarcus reconoce que

“ciertas fórmulas economicistas seguirán coexistiendo incómodamente con las formulaciones centrales del marxismo humanista en Silvio Frondizi”. Una constatación impactante que da cuenta del grado ni apoloético ni ingenuamente halagador alcanzado por Tarcus en su elaboración.

En su reconstrucción del itinerario político ideológico de Silvio Frondizi, Tarcus también hace un recorte selectivo para poder incluirlo dentro de esa tradición de marxismo crítico que él pretende –intención asumida de modo explícito– contribuir a construir con la publicación de su libro. Para ello se ve impelido, sin obviar ni ocultar ningún vértice de la obra o la vida de Frondizi, a diluir de algún modo su último acercamiento a la organización política personificada en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (período de su vida al que Tarcus asigna solamente escasas páginas por contraste con la inmensa mayoría del volumen que está centrado en períodos previos de su vida política).

Previamente, en la introducción, Tarcus había abonado el terreno de esa conclusión final negando de antemano la existencia de una tradición específicamente “guevarista” dentro de las izquierdas argentinas junto a las otras seis subvariantes de este espectro a las que él hace referencia en su trabajo. Para

él, el “guevarismo” se circunscribe de algún modo únicamente al PRT y, desde este sesgado ángulo que prioriza un enfoque institucionalista organizativo por sobre el ideológico cultural (perspectiva que no termina de dar cuenta del *élan* “guevarista” que de algún modo atravesó al peronismo de izquierda de un Cooke o incluso a sectores cristianos radicalizados como, por ejemplo, los agrupados en la revista *Cristianismo y Revolución*), consistiría en una especie de ecuación surgida de la sumatoria de trotskismo más populismo. Cancelada entonces desde el comienzo la existencia misma de esta tradición, Tarcus concluye afirmando que el último Silvio Frondizi “ensayará diversos acercamientos políticos poco congruentes con sus posturas teóricas”.

Además de estos nudos problemáticos, el trabajo deja muchas otras cuestiones abiertas y preguntas pospuestas que invitan a seguir repensando la conflictiva relación de Peña y Frondizi (pero no sólo de ellos...) con el resto de las izquierdas argentinas. Sin ninguna duda, esa tarea que nos deja pendiente constituye uno de los mejores logros de este libro.

Néstor Kohan
UBA